

SERIE "NEGRA Y  
RECORTADA"  
N°2

# LA HABITACIÓN 104

FERNANDO DE CEA

# LA HABITACIÓN 104

FERNANDO DE CEA

# **LA HABITACIÓN 104**

(Obra galardonada con el Premio  
Local en el IV Certamen  
Internacional de Novela Corta  
“Giralda”)

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso previo por escrito del autor.

© Fernando de Cea Velasco 2019

[www.fernandodecea.com](http://www.fernandodecea.com)

Photo by Michael Photone from Pexels

ISBN (primera edición): 978-84-616-9642-0

¿Alguna vez, en algún momento, me sentí atraída por alguno de ellos? Si fue así, ahora mismo no lo recuerdo. Las náuseas me anulan cualquier sentimiento anterior, digamos noble, que hubiera podido tener. Una vez vencido el **Miedo**, recuerdo que poco a poco acudieron a mi mente la **Vergüenza**, la **Repugnancia**, el **Odio** y la **Venganza**, por ese orden, como si fueran mis particulares jinetes del Apocalipsis. El **Miedo**, porque el juego había dado paso a la violencia: yo no quería. ¡No quería! El terror y la impotencia; el dolor y el olor, el aliento a alcohol. La **Vergüenza**, allí en el suelo de la habitación de mi dormitorio, en la residencia de estudiantes, acurrucada en posición fetal, arrojada al suelo como un objeto inservible, un recipiente de usar y tirar. La **Repugnancia**, de mí misma, incluso me creía culpable, como si hubiera sido cómplice: ellos y yo, todos de acuerdo. Durante un instante, así me sentía, hasta que me di cuenta de que simplemente era la víctima. Fue cuando me visitó el **Odio**, para poner a raya a los sentimientos de culpabilidad, para ahuyentarlos y, después, llamar a la **Venganza**. Acudió rápida; y se quedó conmigo para consolarme y hacer planes con los que salir del pozo.

Una novatada que salió mal. Y con eso se dieron por satisfechos. Un delito que se quedó sin castigo, esa es la realidad. Un acto ominoso que para ellos se perdió en el tiempo, pero que para mí ha permanecido presente todos estos años en la memoria como el faro que ha guiado mis actos hasta el día de hoy. Todos se conformaron, ni siquiera llegó a los juzgados: entre sus padres y mi madre se pusieron de acuerdo para no sacar los trapos sucios a la luz, para no enturbiar lo que eran unas prometedoras carreras; las de ellos a punto de terminar, la mía empezando.

—¿Quieres tirar todos los sacrificios de estos años a la basura? —insistía una y otra vez mi madre—. ¡Doce horas diarias fregando suelos para darte una carrera y ahora pretendes que un escándalo así lo eche todo a perder!

Eso era lo único que le importaba. Lo que yo sentía le daba igual. De hecho, en aquella reunión improvisada me daba la impresión de que me enfrentaba sola al resto, de que mi madre formaba parte del bando enemigo, que se había puesto de acuerdo con ellos, que era tan culpable como el que más.

Y qué decir de los otros. Nunca salieron de sus labios palabras de comprensión o perdón. En todo aquel tiempo no dieron muestras del menor signo de arrepentimiento, al revés, se esforzaban para no reírse: se miraban cómplices, les brillaban los ojos de un deseo tardío, como si aún estuvieran regodeándose al recordar lo que pasó. Mientras tanto, sus padres discutían, gritaban y se echaban en cara la desatención, el nulo interés por la educación de sus hijos. Se culpaban de haberles dado siempre todo lo que les pedían y así se lo pagaban: pésimas notas y disgustos como aquél. Uno más.

Para ellos era uno más...

# LUIS

—Viernes trece: de salir de casa, nada. Ni de broma —decidió el doctor Berrocal justo después de darle un manotazo al despertador que puso fin al estridente sonido electrónico. La mañana se presentaba sombría: unas nubes plomizas anunciaban lluvia y frío. Aunque la fatídica combinación de día de la semana y fecha del mes tradicionalmente sólo traía mala suerte a los países anglosajones, él no podía evitar sentirse incómodo con todo lo que oliese a superstición. “Como si el mal farío tuviera en cuenta el país de origen”, razonó Luís Berrocal que ya hacía tiempo que había incluido la jornada en su particular lista negra de días a marcar en el calendario. Días en los que no abandonaría su residencia.

Realmente no necesitaba atravesar la puerta del lujoso chalé del barrio de Heliópolis para ir a trabajar: su consulta se situaba en la planta baja de su domicilio desde que años atrás decidiera ubicarla allí. Era más cómodo levantarse de la cama, asearse y bajar a desayunar al despacho, que someterse al molesto viaje matutino en transporte urbano o en el propio automóvil para formar parte del atasco diario, de la corriente humana de prisas y ruidos propia de la gran ciudad. Pero, sobre todo, era especialmente agradable refugiarse en la consulta desde muy temprano para evitar compartir esas primeras horas de la mañana con Alicia.

Luís había adiestrado convenientemente a su mujer para que la nueva empleada doméstica, como quiera que se llamase, a las ocho treinta tuviera preparado el desayuno y el periódico en una bandeja, todo encima de la mesa de su elegante despacho, ya limpio y ordenado, listo para comenzar la consulta a las nueve en punto. A esa hora, en una salita contigua, ya debían esperar los primeros pacientes. Laura, la enfermera —esa sí sabía cómo se llamaba; lo sabía muy bien— también tenía órdenes precisas: desde las ocho cuarenta y cinco debía ocupar su puesto de trabajo para atender la puerta de entrada, controlar las citas, hacer pasar a los pacientes a la habitación y estar dispuesta para ayudar en la consulta si así se lo hacía saber el doctor; sólo en ese momento —y en algún otro, dependiendo del humor de Luís y de su



apetito sexual— Laura tenía autorización para entrar en el despacho.

Todo en su orden establecido, siempre la misma rutina: lo de levantarse y desayunar en el despacho se cumplía a rajatabla, incluido festivos. En los días laborables, la jornada se ampliaba por la tarde cuando Luís acudía a la clínica de la que era propietario para operar los casos programados. El doctor Berrocal era un buen traumatólogo, adusto y displicente con pacientes y con el mundo en general, pero un buen traumatólogo. Su lema preferido era que no había hecho la carrera de medicina para hacer amigos. La misantropía no era de nacimiento, mucha parte de la culpa de su aversión al ser humano la tenían aquellos que habían proyectado su vida como si de una marioneta se tratase. A pesar del carácter desabrido, su fama y experiencia le habían proporcionado un estatus laboral envidiable: hacía tiempo que sólo se dedicaba a operar casos poco cruentos, nada de emergencias, siempre programados con un mes o más de antelación, tal era su negocio privado. Una situación ideal que, sin embargo, pronto podría cambiar.

El lujo de poder elegir los “clientes”, y de cobrarles una fortuna por consulta y un dineral por operación, parecía tener los días contados. Pensar en todo aquello le produjo insomnio, malestar y fiebre. Luís se levantó de la cama como si pesara cien kilos más. Arrastró los pies hasta el cuarto de baño y se apoyó en el lavabo mientras se miraba al espejo. Lo que vio se asemejaba al fotograma de una película en blanco y negro: el rostro pálido del doctor Berrocal contrastaba con labios tan oscuros y finos como los de un cómico del cine mudo; del mismo color eran las cejas caídas; la tonalidad homogénea continuaba con el escaso cabello desordenado, acumulado detrás de unas pronunciadas entradas. La barba mendigaba un urgente afeitado, la mirada melancólica se desentendía del bostezo. La lengua sucia, casi negra, anunciaba otra mañana para olvidar en un día de mala suerte. El espejo reflejaba el cansancio de una noche en vela, de oleadas de angustia cuando Luís pensaba lo que le esperaba si sus temores eran ciertos: estaba al borde de la ruina.

¿Cómo había llegado a esta situación? Apenas cumplidos los cuarenta años, cuando su vida estaba resuelta, ahora se veía abocado al desastre económico. Aunque su existencia no era la que había soñado en su juventud, lo cierto es que ya se había acostumbrado a vivir en un barrio lujoso, con su trabajo prácticamente a pie de cama, y en una vivienda con suficiente espacio como para no tener que tropezar demasiadas veces con su mujer. ¿Cuántos

años llevaban durmiendo en habitaciones separadas? No se acordaba. ¿Desde la noche de bodas? ¿Cuando le diagnosticaron que no podrían tener hijos? ¿O cuando Alicia le sorprendió haciéndolo con una de sus enfermeras? El caso es que habían llegado a un acuerdo: vive y deja vivir.

Para Luís la vida no podía ser más simple ya que se dedicaba a rehuir todo contacto humano salvo el obligado por su profesión y el ocasional debido al deseo carnal, asociado en los últimos meses al nombre de Laura. Para Alicia la vida social debía ser más compleja, eso suponía Luís por las idas y venidas de su mujer y por las facturas de las tiendas exclusivas. Algo que no le importaba demasiado, pero que también podría finalizar de golpe.

Su clínica hacía aguas, se hundía, y él no había sido consciente hasta que un par de días antes quiso revisar los libros de contabilidad. Siempre había delegado esa función en Jorge y no salía de su asombro al traducir al cristiano lo que significaban aquellas anotaciones, partidas, entradas y números. La economía nunca había sido su fuerte. Recordaba algunas nociones que estudió en la carrera, pero poca cosa más. Jorge era más ducho en el tema, o al menos eso dijo él cuando constituyeron la sociedad.

Unos estatutos, los de la compañía, que se habían actualizado varias veces en el último año, siempre a petición de Jorge. Su socio precisaba efectivo para ciertas inversiones y Luís no puso muchas pegas para comprarle, sucesivamente, primero un cinco, luego un diez y, finalmente, un treinta por cien de las participaciones de la empresa, de la sociedad limitada que ellos dos habían formado. Lo hizo cegado por su ambición, quería poseer la mayor parte de las acciones y Jorge se lo estaba poniendo en bandeja. Nunca pensó en los motivos que llevaron a su socio a descapitalizarse de esa forma, si bien las continuas necesidades monetarias por parte de Jorge finalmente alertaron a Luís y fue lo que le indujo a revisar los libros reglamentarios de la empresa.

Sacó una conclusión: Jorge Fuentes, su único amigo, le estaba robando.

Se conocían desde los tiempos de la universidad. Estudiaron medicina juntos en la capital y vivieron en el mismo colegio mayor durante los largos nueve años que ambos tardaron en acabar la carrera, probablemente los mejores de su vida. Una época que finalizó bruscamente cuando cierto escándalo aceleró la presión de sus padres por acabar con esa vida de crápula. No tuvieron más remedio que estudiar duro para aprobar las asignaturas que habían estado coleccionando durante más de un lustro. Materias de primero, segundo y tercero que llevaban colgando como un lastre en su expediente,

pero que finalmente consiguieron superar. Igual de sacrificados fueron los años siguientes dedicados a aprobar el M.I.R., Jorge en Radiología, Luís en Traumatología.

Después de pasar el período de residencia, Luís entró a trabajar en la clínica de su padre, todo de acuerdo a un plan preestablecido, llevado a rajatabla desde el mismo momento en el que Luís llegó a este mundo. Su vida programada continuó con la incorporación a la empresa paterna: lo estaban preparando para que algún día regentase el patrimonio que con tanto esfuerzo habían logrado levantar, primero su abuelo, después su padre.

Ese día llegó cuando murió el anciano doctor Berrocal, apellido ilustre, ganado y grabado por su familia en la alta sociedad sevillana gracias a años de buenas relaciones con lo más selecto de la ciudadanía. Apellido que también daba nombre al hospital privado, edificado en el por entonces moderno barrio de los Remedios, del que ahora se ocupaba Luís. Más bien codirigía, gracias a su generosidad al dejar que Jorge participara en los beneficios desde el mismo día en el que Luís tomó posesión de los bienes heredados. Así, la empresa familiar dio paso a una sociedad limitada. Cada uno de los dos facultativos se encargaría de su especialidad, y Jorge, además, llevaría la administración; decisión que a Luís le convenía y agradeció desde el principio, pero de la que ahora se arrepentía profundamente.

La traición de Jorge venía a confirmar que la actitud de Luís de no fiarse de nadie era la correcta. Aunque, en realidad, no siempre había sido así. Luís añoraba su infancia y los sueños de aventuras: para nada quería ser médico. Su carácter distaba mucho del misántropo huraño en el que se había convertido con los años. Era un chico abierto y alegre que soñaba con ser periodista o explorador. Recordaba haber leído las aventuras de Stanley: “¿Doctor Livingstone supongo?”, en aquellas revistas tamaño cuartilla del *Reader's Digest* que coleccionaban sus padres. Extractos de novelas que discurrían en países exóticos a los que soñaba viajar. Libros como “La Invasión del mar” de Julio Verne, su favorito; relatos de cabecera que leía cuando todos dormían y el silencio invadía la vivienda de los Berrocal.

El pasado se perdía en una densa niebla, pero aún se acordaba de algunos compañeros del colegio y de su primera novia a la que nunca llegó a besar, pero con la que jugaba casi todo el tiempo que tenía libre, con la que paseaba de la mano cuando nadie los veía para evitar ser el blanco de las bromas de sus amigos. Los bailes en el Náutico, sin apenas moverse de la baldosa, con

el cuello de ella al alcance de la boca, mejilla con mejilla, eran los mejores recuerdos de toda su infancia. El olor de su ropa después de haber estado pegados al son de la balada de moda era tan intenso que duraba días. Todas las noches, en esa época, dormía con el jersey a su lado, el que llevaba puesto en el último baile. Como si fuera un trapo o un peluche al que se aferra un niño pequeño, Luís se agarraba al suéter, pero no para inventarse un amigo inseparable que le proporcionara seguridad, sino para dormir junto a su novia querida. La fragancia de ella se había acomodado en su prenda de abrigo, él cerraba los ojos y se imaginaba que seguían bailando juntos.

Aquel primer amor duró apenas un año. Sus padres lo obligaron a dejarla por la más conveniente Alicia. Alicia D'Annuncio, era un buen partido, hija de los mejores amigos de sus padres, de una familia aristocrática procedente de Italia, pero venida a menos. Alicia era otro punto más del plan que tenían trazado para Luís. Hicieron todo lo posible para que pasaran juntos las vacaciones, cumpleaños, puentes, o en casa de los D'Annuncio, o en la mansión de los Berrocal; bastante más tiempo en la primera con la intención de que el adolescente Luís se contagiara de aquel ambiente que procedía directamente de la alta nobleza europea. Una situación forzada que sólo trajo consigo la enemistad de Luís hacia el clan extranjero, a los que no soportaba, y una aversión por todo lo italiano. Con la pequeña Alicia tampoco llegó a congeniar: echaba de menos a su novia de los bailes del Náutico; nunca la olvidó del todo.

Sólo la universidad, fuera de Sevilla, consiguió que Luís se zafase de su familia postiza y de su "prometida". Su personalidad comenzó a cambiar, de obediente y disciplinado a díscolo y disoluto, incluso violento. La promiscuidad, alentada por la insistencia de sus padres de obligarse de por vida a Alicia, fue la forma de vida elegida por Luís en la universidad.

De la universidad y el MIR a la empresa familiar pasando antes por la vicaría. El plan perfecto para destrozar una vida. A pesar de los logros profesionales, Luís, esa mañana, se consideraba un fracasado. Se sentía atrapado dentro de un cuerpo que se había sometido a una vida que no le pertenecía, la suya. Y ya era tarde para cambiar. ¿O no? Quizás aún estuviese a tiempo de darle la vuelta a todo y a todos. Romper con su mujer era lo más fácil: de hecho, ya llevaban mucho tiempo compartiendo únicamente el techo. La separación supondría un alivio para los dos. Si no lo habían hecho antes era simplemente por pereza o por guardar las apariencias. Pero ahora estaba

decidido, iba a aprovechar el cambio que sin duda se avecinaba para terminar con ese matrimonio tan falso como una moneda de tres euros. Separarse, sí, pero no le iba a regalar el divorcio, de eso nada. Nada de ponerle las cosas fáciles. Que se olvidara de una pensión generosa y de repartir su patrimonio. Se separarían, sin más, sin ningún beneficio económico.

Si desligarse de su mujer parecía necesario, no lo era menos la disolución de la empresa. De hecho, ese era su principal objetivo: deshacerse de Jorge. Los números en aquellos libros de contabilidad le sugerían que su socio le había estado engañando al menos los últimos dos años. Esas “inversiones” eran, por lo visto, un pozo sin fondo, un agujero por el que se colaba, por el lado legal el capital obtenido por la venta de las participaciones, y por el ilegal el dinero sustraído a la empresa. Jorge lo había hecho poco a poco, con pequeñas partidas de difícil justificación, primero, y con grandes cantidades de dinero en los últimos meses, ya de forma descarada. ¿Tan seguro se sentía su socio? Luís no era un experto contable, pero hasta un niño pequeño se habría dado cuenta del desfalco sistemático.

Viernes trece de diciembre. El día en el que Luís Berrocal decidió cambiar de vida. Un amago de sonrisa apareció al otro lado del espejo. Su alter ego le miraba cómplice. Estaba decidido a darle la vuelta a la situación de la forma más contundente posible, para que no hubiera un atisbo de duda y alejar cualquier respuesta por parte de su mujer y de su amigo. Lo haría en un día de los llamados “señalados” para lograr el efecto deseado de firmeza y sorpresa. Quería disfrutar con el momento. El día de Nochebuena le parecía el idóneo. La costumbre de casi una década de cenar juntos los tres la noche del 24 le daba la oportunidad de llevar a cabo su plan.

Un plan simple y sencillo: a los postres, después de la opípara cena que degustaría como nunca antes, Luís se levantaría para el brindis de rigor. Un brindis que comenzaría con la noticia de su separación y que continuaría con la disolución de la empresa. Ambas decisiones se harían efectivas en las primeras semanas de enero. Año nuevo, vida nueva, nunca mejor dicho.

Se imaginaba el momento de aquella declaración de intenciones, fantaseaba con las reacciones de Alicia y Jorge. De la primera esperaba únicamente sorpresa; del segundo, desesperación al verse, con cuarenta años, de patitas en la calle. Le forzaría a vender, no, mejor, a regalar, el escaso diez por cien de las participaciones que aún le quedaban. Cualquier amago de protesta por parte de Jorge sería convenientemente atajado con la amenaza de

llevarlo a los tribunales acusado de estafa, malversación de fondos, falsedad documental, o un conjunto de las tres cosas. Debería sentirse afortunado de que Luís no lo demandase y asumir que estaba en la calle con lo puesto. Se imaginaba acabando la cena, quedándose solo en el salón, fumándose un puro a la salud de los otros dos comensales que, sin duda, abandonarían la estancia con el rabo entre las piernas. Luís casi se relamía de gusto.

El día había empezado mal, pero su decisión drástica de cambiar de vida lo estaba arreglando. Un inesperado claro se abría paso entre los nubarrones. Por momentos se iba encontrando mejor, tanto que esa mañana, al acabar la consulta, dejaría que Laura accediese a su despacho; aunque fuera viernes y trece.

# JORGE

**A**licia y Jorge se besaron en la boca con desesperación. En el templete hacía frío, pero procedía del interior de sus cuerpos más que del exterior. Con el esmoquin y la nariz aguileña, Jorge parecía totalmente un pingüino. Alicia, por su parte, se congelaba dentro de un vestido talar de seda salvaje color turquesa. La actitud de ambos era como la de los pasajeros del Titanic sorprendidos en pleno baile con el barco a punto de zozobrar. Así de afectados se encontraban por lo que acababan de oír, como si les hubieran diagnosticado cáncer o esa noche fuera la primera de una guerra termonuclear.

Jorge aún dudaba de las palabras pronunciadas por su socio, no daba crédito al anuncio del despido, pero no parecía tratarse de una broma; en absoluto. Todo indicaba que en pocos días después de arrancar el año nuevo se iba a encontrar en la calle. El paro pronto se iba a sumar al resto de problemas que ya empezaban a saturarlo. Nunca había sido un hombre decidido, estaba acostumbrado a ir a remolque, a que otros pensarán por él, pero ahora necesitaba reaccionar rápido si no quería verse en la indigencia, abandonado, exangüe en cualquier esquina, o peor: muerto en el interior de un oscuro portal. Debía recurrir a algo que llevaba rondando por su cabeza varios meses, pero que hasta ese momento no se había atrevido ni siquiera a plantear.

Allí estaban los dos, abrazados en el centro de la pequeña edificación rodeada de plantas, temblando como si estuvieran esperando la riada fatal de un tsunami devastador. El templete se había construido en el centro de la gran extensión que formaba el jardín de la mansión de los Berrocal. De tejado estilo oriental, el cenador se hallaba circunvalado por cuatro sectores de arbustos que tenían como misión adornarlo o servirle de abrigo. Así, los macizos de lavanda, hortensias, hibiscos y lantana cubrían las entradas del pabellón y formaban una barrera compacta que ocultaba a los que se refugiaban en el interior.

En esa noche festiva, la víspera del día de Navidad, la cena opípara

servida con delicadeza por la nueva empleada de hogar se había agitado con las palabras de Luís. Un discurso que exacerbó el amargor de las almendras de los turrónes y mazapanes servidos al postre. Cuando Luís finalizó su exposición, hubo un inútil intento de protesta por parte de Alicia mientras Jorge callaba en estado de *shock*. Ninguno de los dos se atrevió a discutir con Luís, tan seguro se le veía: los ignoraba mientras disfrutaba de la copa de champán, del Cohiba y de su victoria.

Derrotados, Jorge y Alicia abandonaron el salón. Se suponía que Alicia había ido a despedir a Jorge y que después se acostaría sin volver a pasar más por la habitación donde Luís todavía se relamía. En vez de eso, Jorge y Alicia salieron juntos de la vivienda para dejarse llevar por pasos automáticos que los condujeron al lugar acostumbrado. El templete era el espacio habitual utilizado para sus escarceos amorosos, los que tenían lugar cuando Jorge acudía al chalé y Luís se encontraba o ausente o en el interior de la mansión de la que rara vez salía.

Jorge llevaba acostándose con la mujer de su socio desde hacía tanto tiempo que ya dudaba de quién era en realidad el que estaba cometiendo adulterio. No recordaba el día en el que Alicia se había sincerado con él. Fue después de uno de los ataques de furia de Luís que, según Alicia, la llevaba maltratando física y psicológicamente desde el día que contrajeron matrimonio. Jorge conocía muy bien a Luís y sabía de lo que era capaz de hacerle a una mujer si se le cruzaban los cables. Cuando eso sucedía era mejor no tenerlo cerca. Recordaba algún episodio particularmente desagradable en el que se vio envuelto por culpa de Luís y sus juegos sexuales. Fue con una de las estudiantes de primero cuando ellos estaban casi acabando la carrera: habían bebido bastante y la cosa se desmadró, Luís se comportó como un poseso o un psicópata.

Así que no tenía por qué dudar de Alicia. El día en el que ella le contó los problemas con su marido, ese día, se besaron, aunque sería mejor decir, Alicia lo besó. Un gesto que significaba varias cosas: para Alicia, consuelo, ayuda, relajación, recreo; y más tarde, quizás, amor. Para Jorge fue toda una sorpresa aquel contacto cariñoso. Una sorpresa agradable pues Alicia era la mujer de la que llevaba enamorado en secreto desde hacía muchos años, en realidad desde el día en el que Luís se la presentó como su prometida.

A partir de la fecha en la que Alicia se sinceró con Jorge, no pasó nunca más de una semana sin que se vieran a escondidas, generalmente en casa de



él, pero también en hoteles cercanos a la clínica, o en la clínica; casi siempre a instancias de ella. La primera vez que hicieron el amor fue allí: en la consulta del doctor Jorge Fuentes, radiólogo. La última, había sido esa misma mañana de Nochebuena, en el piso de Jorge, en concreto en el dormitorio *art déco* de cuya decoración se había encargado ella personalmente. Algunos de los muebles los adquirió la propia Alicia con dinero de Luís —eso le daba cierto morbo—, en especial la cama de matrimonio de dos metros de ancho. Un aparatoso lecho con baldaquín modernista, decorado con brocados y festones que hacían juego con los dibujos de la colgadura de la pared frontal. Entre las sábanas de seda transcurrían la mayoría de las horas para la pareja, lejos del mundo exterior, practicando sexo, imaginando que vivían juntos, que no tenían que esconderse de nadie.

Para Jorge, Alicia era su esposa y no la de Luís.

El tiempo que ella pasaba en la mansión de los Berrocal era tiempo perdido. Jorge la imaginaba secuestrada, retenida en contra de su voluntad, y lo malo es que él no podía hacer nada por impedirlo, a menos que llevaran a cabo el plan que aún no se había atrevido a proponer. Lo sucedido en la cena, las palabras de Luís, le habían conmocionado, pero también le habían proporcionado un inusitado valor que intentaba vencer su carácter apocado para poder compartir sus intenciones con la mujer que amaba, con la que había sido igualmente humillada.

Jorge por fin se lo propuso: había que eliminar a Luís.

Al principio le temblaron los labios, hizo un rodeo pasando por los problemas que se les venían encima y por fin pronunció con dificultad la críptica frase a medida que iba saliendo de su boca, en especial la palabra “matar”. Mientras la pronunciaba, la luz de la luna brillaba sobre su cráneo rasurado, una calvicie artificial sugerida por la propia Alicia hacía ya un lustro cuando la alopecia parecía ya irreversible. El rostro cetrino de Jorge se contrajo en una mueca de sorpresa y su nariz aquilina se afiló aún más al observar la reacción de ella: no se inmutó, como si Jorge en vez de proponerle acabar con la vida de su marido le estuviera dando el pronóstico del tiempo, “esta noche va a helar”. Daba la impresión de que ella ya había pensado en deshacerse de Luís, sólo necesitaba la confirmación, que alguien lo dijera en voz alta. Estaba de acuerdo incluso antes de que Jorge lo plantease. Las palabras que él masculló casi se solaparon con las de Alicia que no tardó ni un segundo en decir que sí, en apremiar con un “adelante”, en

entusiasmarse con la idea y pedir que le expusiera el plan.

A medida que Jorge explicaba lo que pretendía hacer con su amigo no pudo evitar pensar en cómo lo había conocido, en los alegres días de la universidad, en lo generoso que fue Luís con él cuando le concedió un buen porcentaje de participaciones de la sociedad.

Recordaba cómo su compañero de habitación en el colegio mayor lo arrastraba de fiesta en fiesta un día sí y otro también. Luís era el más decidido de los dos, el que gastaba el dinero, el que quizás por esa razón tenía tanto éxito con las mujeres. Sus padres le mandaban todo lo que pedía. Alimentaban la cuenta corriente de su hijo para que nunca estuviera a cero o en números rojos, cosa que no sucedía con Jorge: de padres divorciados, vivía con lo justo para subsistir en Madrid. Eso hasta que conoció a Luís. A partir de ahí vivía como su amigo ya que Luís compartía con él los gastos, los desayunos de ostras y champán, las juergas nocturnas o las veladas en el casino hasta que cerraban el local. De esa época le vino a Jorge la afición, que luego se convirtió en adicción, por el juego. Jorge le debía a Luís muchas cosas, entre ellas su posición y su trabajo, pero también le “debía” su problema con la ruleta y con las cartas.

Cuando acabaron la carrera toda aquella vida libertina finalizó bruscamente, se borró de un plumazo como si nunca hubiera existido: Luís se casó con Alicia, lo que fue un duro golpe para Jorge que ya estaba enamorado perdidamente de ella, y ambos entraron a trabajar en la clínica Berrocal. Cuando murió el padre de Luís, y éste heredó su fortuna y la empresa, Luís empezó a distanciarse de su amigo. Ambos pasaron a ser únicamente socios. Lo que hasta entonces no había llegado a ocurrir, que Jorge tuviera envidia de su amigo, fue poco a poco tomando forma. No sólo porque se hubiese casado con la mujer que él amaba, sino por la injusta relación laboral: Luís, como socio mayoritario de la empresa, se reservó para él las funciones de supervisión, es decir de no hacer nada más que su consulta y de asignarse el mayor sueldo, el correspondiente al médico titular, al prestigioso traumatólogo, al habilidoso cirujano que recibía todos los parabienes de los clientes, pacientes adinerados que acudían a la clínica gracias a la fama obtenida un par de generaciones anteriores. Mientras Luís disfrutaba de su puesto en la empresa, Jorge tenía que hacer el trabajo sucio: administrar la compañía y resolver todos los problemas de marketing, logísticos, de personal, etc., además de atender su gabinete radiológico. Llegó un momento

en el que Luís sólo se pasaba por la clínica para operar, mientras que Jorge tenía que hacer horas extras para que todo funcionase perfectamente; “sólo falta que le lave las manos” —pensaba Jorge con frecuencia cuando en no pocas ocasiones era él el que le colocaba los guantes de cirujano—. Jorge nunca recibió por parte de Luís ninguna palabra de agradecimiento o de reconocimiento por su labor en la clínica, al revés, solía echarle en cara el deficiente trabajo de los auxiliares que había contratado, el mal estado del material quirúrgico resultado de una mala política de relaciones con los proveedores, o simplemente se quejaba del estado de limpieza general, todo ello responsabilidad directa de Jorge. El carácter de Luís estaba claro que había cambiado para convertirse en el ser huraño y distante que ahora era, el médico que no quería saber nada de los problemas de la empresa, salvo recibir su cheque a fin de mes, pero que exigía perfección para demostrar en todo momento quién era en realidad el que mandaba.

Jorge le hizo saber varias veces lo injusto de su proceder, pero su antiguo compañero de juerga no le hacía caso. Cuando Luís perdía el tiempo en atenderlo terminaba recriminándole con desdén su poca profesionalidad al quejarse del trabajo; eso cuando no le trataba de advenedizo, o peor, cuando simplemente se reía de él en su cara. También le solía amenazar, le decía que gracias a él tenía trabajo, que se considerase un hombre afortunado por ser socio de la empresa y que si no se sentía a gusto siempre podría vender las participaciones e irse.

Alicia escuchaba con atención el plan estudiado por Jorge para acabar con el obstáculo que se interponía entre ellos y la felicidad. En mitad de la explicación, ella le tapó la boca con la mano. Abrió exageradamente los ojos y volvió la cabeza hacia algún lugar en el exterior para indicar que alguien más estaba en las inmediaciones del templete. Permanecieron quietos y en silencio casi un minuto hasta que el maullido de un gato los tranquilizó. Jorge sonrió nervioso y continuó con su exposición.

Algo desconcertado por la situación, pero extrañamente excitado, Jorge habló sin parar de la mejor manera de asesinar a su socio. Ya no tartamudeaba. Ya no daba rodeos o buscaba eufemismos para nombrar las terribles acciones que pensaban llevar a cabo. Seguía asombrado de la disposición de Alicia para ayudar, sus ojos brillaban de venganza. La

separación prometida por Luís la dejaba en la peor posición posible. La opción de pedir el divorcio estaba descartada desde hacía mucho tiempo. El tema tan trillado, había sido recurrente en sus conversaciones, pero ya lo habían dejado por imposible. Y no porque no tuvieran razones para recurrir a él: Luís llevaba mucho tiempo engañando a su mujer con todas las enfermeras que iba contratando. La que no se sometía a sus exigencias sexuales era despedida fulminantemente. La última “adquisición”, esa tal Laura, era la que más tiempo estaba durando.

Laura era otro motivo más para denunciar el adulterio sistemático de Luís ante los tribunales y conseguir un divorcio ventajoso. El problema es que no se enfrentaban sólo contra Luís, sino contra él y su legión de abogados. Alicia D’Annuncio, de una familia extranjera venida a menos, contra uno de los apellidos más ilustres de Sevilla. David contra Goliat, pero sin honda ni piedras a su alcance. El veredicto estaba claro antes de empezar el juicio: la dejaría en la calle sin nada, con lo puesto.

Además, existía la posibilidad de que Luís supiera que Alicia lo engañaba con Jorge. De las duras palabras a los postres no se infería que Luís ignorase lo que pasaba a sus espaldas, pero tampoco todo lo contrario. Si eso era cierto, perderían la única ventaja que tenían. Jorge ya se imaginaba la cantidad de testigos que declararían a favor de Luís, tanto para desmentir sus infidelidades como para confirmar las de Alicia.

Así las cosas, lo que no dejaba lugar a dudas era la intención de Luís de retener a Alicia, de no “soltarla” a pesar de que la obligaba a separarse de él. La nueva situación era una paradoja que incluía —y negaba— cualquier posibilidad de disfrutar del patrimonio común, de vender las propiedades. Alicia viviría en un apartamento, en Sevilla Este, en la otra punta de la mansión de los Berrocal, con lo justo para subsistir. Jorge quería a Alicia, la deseaba, pero también necesitaba urgentemente el capital que Luís le estaba vetando a su mujer. A primeros de año, se iba a encontrar sin capacidad alguna de conseguir dinero, ni de su trabajo, ni de la empresa, ni de la mujer que amaba. Estaba en juego algo tan importante como su vida. Jorge se había enredado en un lío del que no era capaz de salir sin el dinero de su socio; de su socio o de Alicia, ya viuda.

El capital lo necesitaba para pagar una deuda que ascendía a varios cientos de miles de euros. La mala racha con las cartas ya duraba demasiado. Jorge dominaba el juego y además solía tener suerte, pero parecía que alguien, en

un momento determinado, le había echado mal de ojo: desde hacía dos años no paraba de perder. Al principio creyó que con su sueldo sería suficiente para sufragar las deudas, después probó con un crédito personal al banco, más tarde no tuvo más remedio que acudir a los prestamistas. El problema se agravó cuando los elevados intereses de los usureros se acumularon hasta rondar cifras de cinco números. Llegados a ese nivel, los acreedores paraban de conceder dinero y comenzaban a exigir la devolución del capital. Solían ser de lo más convincentes: la primera vez le amenazaron con partírle las piernas, la segunda ya le dieron una paliza que le supuso una baja de dos semanas. En la clínica dijo que se cayó por las escaleras, aunque realmente parecía que le había atropellado el cercano de Utrera a Sevilla.

Las cosas se calmaron un poco cuando Jorge pagó la mitad del dinero con la venta parcial de sus acciones. Fue Luís el que se las compró, no podía ser otro, así lo estipulaban los estatutos de la sociedad limitada. Jorge volvió a jugar para intentar saldar el resto de la deuda, pero volvió a perder. De nuevo las amenazas y la descapitalización: se estaba quedando sin participaciones de la compañía y, además, cada vez que se deshacía de ellas era como si estuviera vendiendo parte de su cuerpo, así de mal se sentía cuando veía cómo Luís disfrutaba acaparando más y más porcentaje del negocio. Por ese motivo no le tembló el pulso cuando un día sustrajo dinero de la caja y lo disimuló con una partida injustificable en el libro diario de la empresa. Llegó un momento en el que prefería robar que vender lo poco que le quedaba de la empresa, todo con tal de no darle la satisfacción a Luís, con tal de que no fuera testigo de su ruina. Cuando tuvo que rendir cuentas tanto a Hacienda como a su socio, vio que el engaño había funcionado, eso le dio alas para repetir el desfalco con frecuencia, cada vez con mayores cantidades de dinero. En la última ocasión se pasó de imprudente: desvió mucho capital de golpe porque la necesidad de efectivo era urgente, los mafiosos querían su cabeza. El dinero les calmó temporalmente, pero aún les debía doscientos cincuenta mil euros. Le dieron de plazo hasta comienzos de año. Mientras tanto, Luís se había dado cuenta de lo que estaba pasando, del robo continuado perpetrado por Jorge.

Jorge, ajeno al descubrimiento de Luís, y como último recurso, pensaba pedirle el cuarto de millón a Alicia. Ella aún no sabía nada de las deudas de su amante, pero en ocasiones lo veía abatido y le preguntaba si le ocurría algo. Él siempre le echaba la culpa al cansancio, a los dolores de cabeza que

le producía el trabajo en la clínica. Pero había decidido dejar de mentir: esa misma Nochebuena le iba a desvelar la parte más oscura de su vida para suplicar comprensión y ayuda de la mujer que quería. A pesar de que la noticia estaba claro que no le iba a sentar muy bien, sabía que finalmente terminaría ayudándole. Claro que no contaba con la decisión de Luís de separarse de ella, de no dejarle disponer de su dinero. La noticia había sido como un torpedo en la línea de flotación. ¿Qué podría hacer ahora? En pocos días, si no conseguía esa suma de dinero, era hombre muerto.

Pero el muerto no sería él, no estaba dispuesto.

En parte se sintió aliviado por no tener que sincerarse con Alicia y confesar su ludopatía. Ya no necesitaba humillarse, mostrarse contrito, hablar de su adicción al juego ni del peligro al que se enfrentaba si no pagaba sus deudas, ahora acabar con Luís estaba por encima de todo eso. Más tarde, cuando el doctor Berrocal estuviera enterrado, ya podría disponer de todos sus bienes y por fin sería libre, terminaría con su miserable existencia paralela y comenzaría una nueva vida al lado de Alicia.

En realidad, el plan no era muy complicado.

Tras los circunloquios del principio, Jorge fue directamente al grano: matarían a Luís el mismo día de Nochevieja, tras una cena parecida a la que acababan de tener, tanto si invitaban a Jorge —nada probable— como si no.

—Después de despedir al servicio doméstico —dijo Jorge—, tendrás que esperar hasta las dos de la mañana para abrirme la puerta, para asegurarnos de que Luís duerme profundamente. Entraré provisto de guantes y nos dirigiremos a su despacho. Escribiremos en su ordenador una nota de suicidio, la imprimiremos y yo la firmaré. Llevo años falsificando la firma de Luís, pero no creas que lo hago a escondidas: fue decisión suya con tal de evitarse un trabajo más. Intentaré ser convincente para que no haya dudas del motivo: un desfalco en la empresa puede ser lo más creíble. Sé que andaba preocupado porque no cuadraban las cuentas, pues bien, una confesión en la que se responsabilice de un robo en la clínica puede ser una razón más que suficiente para suicidarse, sobre todo un hombre como él tan bien relacionado socialmente.

«A continuación, subiremos las escaleras y entraremos en su dormitorio. Con cuidado de no despertarlo, cogeremos el revólver que sabemos guarda Luís en su mesilla de noche. Dispararé sobre él, en la sien, procurando no dejar impresadas mis huellas en el arma. Después, dejaré la pistola en la mano

derecha de Luís para que parezca un suicidio. Restregaré mi guante en su muñeca para transferir los máximos restos de pólvora posibles y luego me iré enseguida, me lavaré y me desharé de la ropa y los guantes. Mientras tanto, tú llamarás a la policía. Ensaya antes lo que tienes que decirles. Vete pensando en una historia verosímil: que descansabas en tu cama cuando oíste el disparo o algo así. Que sean ellos los que encuentren la nota. Diles que no has tocado nada, que justo después de descubrir el cadáver lo primero que hiciste fue llamar al 112.»

Alicia asintió a todo, e incluso propuso darle a Luís un somnífero en la cena para que su marido no tardase demasiado en irse a dormir. Jorge, al que no parecía escapársele nada, negó con vehemencia la sugerencia de Alicia: en una posible autopsia saldría la droga y podrían sospechar: “quién se tomaría un somnífero cuando piensa suicidarse a continuación”. Ella le dio la razón. Su cómplice pensaba en todo, tenía la situación controlada. Alicia opinó, visiblemente excitada, que el plan era perfecto y muy sencillo: se veía muy capaz de llevarlo a cabo. Jorge rebajó su optimismo. Estimó que las probabilidades de éxito eran muy altas siempre que no cometieran ningún fallo. Daba la impresión de que no las tenía todas consigo: sólo cuando enterrasen a Luís, respiraría tranquilo.

# ALICIA

Alicia esperaba la sentencia del juez con el rostro oculto en su abrigo de piel. Desde que accedió al edificio, se cubría para evitar ser identificada por los periodistas. Había estado dudando si asistir o no a la audiencia pública, pero creía que se lo debía a Jorge, a pesar de las disputas que habían surgido entre ellos en el peor año de sus vidas.

Después de más de trescientos días de prisión preventiva, Jorge por fin conocería la decisión del juez. Una decisión que era *vox populi*: Jorge Fuentes iba a ser declarado culpable de asesinato.

Alicia se había salvado de milagro. Sentada segura en el espacio reservado para el público, era tan libre como cualquiera de los que se acomodaban a su lado; sin embargo, no se sentía igual que ellos. Sólo Alicia —y Jorge— sabían a ciencia cierta que su lugar se encontraba unos metros más allá, compartiendo el banquillo de los acusados. Aunque el magistrado la había exonerado de todos los cargos, el sentir popular era contrario a ella, así se había pronunciado en numerosas ocasiones a lo largo de once meses interminables.

Un calvario que había comenzado casi desde el día en el que la policía acudió a su domicilio, cuando todas y cada una de las pruebas señalaban a la pareja como autora material de la muerte de Luís Berrocal. En especial desde que los detuvieron y los internaron en una misma celda. Al día siguiente, ya se habían filtrado las conversaciones que tuvieron lugar en el interior de la comisaría. En ellas se apreciaba con claridad cómo Jorge y Alicia discutían acaloradamente: él le recriminaba a ella el uso de un somnífero, ella negaba y le pedía que se callase, que seguramente los estarían grabando. A raíz de ese diálogo —en realidad la única prueba que tenían contra ella—, fue acusada de cómplice de asesinato por el juez, pero el abogado de Alicia consiguió con habilidad que retirasen las grabaciones del sumario ya que su obtención, sin el consentimiento de la pareja imputada, era totalmente ilegal. Eran grabaciones “ajenas” y no “propias” —alegó el letrado—, es decir, obtenidas por terceras personas y no por uno de los intervinientes en la conversación,



cosa que vulneraba claramente el derecho fundamental recogido en el artículo 18.3 de la Constitución. El abogado se apoyó en la extensa jurisprudencia que había sobre el tema para conseguir sin mucha dificultad la libertad de su cliente.

A Jorge no le fueron tan bien las cosas: varias pruebas lo acusaban directamente.

Jorge se hallaba preso en un banquillo de madera escoltado por dos agentes de la Policía Nacional. Alicia lo veía desde su asiento, en la segunda fila de la columna de la izquierda de las dos que se habían instalado en la sala, como si ésta fuese la nave de una iglesia y las bancadas estuvieran destinadas a fieles que se disponen a celebrar la eucaristía. Alicia observaba a Jorge: su cabeza hundida; su cuerpo abatido. Los pies del acusado y los de los custodios rozaban el escalón que daba lugar a un espacio más elevado, a una tarima donde se ubicaban el juez, el fiscal, los abogados y demás funcionarios del juzgado encargados de la causa. Se sentaban en mesas alargadas colocadas en forma de U, sin adornos las de los laterales y con cierto labrado la central que presidía la sala; quizás el único toque clásico en una estancia donde predominaba lo práctico y funcional. A izquierda y derecha, detrás del puesto de fiscales y abogados, colgaban de la pared, como dos cuadros, sendas pantallas de plasma destinadas a presentaciones de pruebas, exposiciones de teorías y llamadas telefónicas por medio de videoconferencias con testigos o peritos que por una u otra razón no habían podido personarse en el juzgado. Una pizarra electrónica, con muchas más posibilidades y funciones que los televisores, separaba la mesa presidencial de la correspondiente al fiscal. Conectada a Internet, presentaba la página de inicio del Ministerio de Justicia. En cada uno de los puestos de los funcionarios, se levantaban los monitores de los ordenadores portátiles que eran consultados cada vez que el magistrado o cualquiera de los letrados hacían referencia a algún párrafo del sumario. De moderna que era la sala y de nuevos que se veían los muebles, parecía que estuvieran de estreno con el caso del doctor Berrocal. Sólo habían transcurrido unos meses desde que se inaugurase la flamante Ciudad de la Justicia, tantos años esperada por la capital de la Junta de Andalucía, y no cabía duda de que la amplia sala era la joya de la corona. Nada como un caso mediático para dar a conocer al público lo bien que se habían aprovechado los impuestos, los buenos servicios con los que contaba el ciudadano.

La ciudad, y la nación entera, seguían con interés morboso los pormenores de la investigación que intentaba aclarar quién había acabado con la vida del doctor Berrocal. Los programas del corazón ya habían dado su particular veredicto después de multitud de debates donde los tertulianos se arrojaban, con estudiada premeditación, los trastos a la cabeza. Los supuestos periodistas chillaban y discutían acaloradamente cuestiones legales o forenses que ninguno de ellos dominaba, y se creían capaces de influir a los profesionales de la justicia gracias al poder que les otorgaba la audiencia. Un público fiel que creía ciegamente en sus ídolos televisivos, en aquellos gurús de la información amarilla que habían dictado ya sentencia: Jorge y Alicia eran culpables del asesinato de Luís Berrocal, si bien todo parecía indicar que la segunda se iba a ir de rositas.

La sala estaba abarrotada y hacía calor. Alicia descubrió su rostro y se desabrochó el elegante y grueso abrigo de piel; sólo sus manos todavía frías permanecían a refugio en los bolsillos. Su media melena castaño oscuro asomaba ya franca de las solapas del visón, igual que su boca de grandes y carnosos labios, como los de una *maggiorata*. Sus ojos verdes, extrañamente claros, como retocados por Photoshop, no podían dejar de mirar a Jorge. ¡Qué poco tiempo habían disfrutado de su libertad!

Libertad que Alicia había perdido el día que contrajo matrimonio con Luís. Ella aún no lo sabía, incluso creía estar enamorada de su marido, pero ese día fue el que marcó el comienzo de su desdicha. Si las bodas por conveniencia ya eran cosa de la historia —como la propia aristocracia—, la suya debió ser una de las últimas. La familia D’Annuncio había pertenecido en sus raíces a esa selecta minoría italiana que dominaba y se servía de la amplia mayoría. Al menos hasta que la revolución industrial y, posteriormente, los movimientos sociales y políticos del siglo XX propiciaran su decadencia.

Alicia era la descendiente directa de la rama más importante del clan. La única que había nacido en España. Sus padres habían emigrado desde Italia para tomar posesión de los pocos bienes que le quedaban a la familia en el extranjero una vez esquilados los de su país. Su apellido fue bien acogido por la clase alta sevillana y pronto se hicieron un hueco en el círculo de amistades de los Berrocal. Intimaron tanto que enseguida se pusieron de acuerdo para enlazar ambas familias: para unir el poderío económico de los Berrocal con el abolengo aristocrático de los D’Annuncio.

Alicia no recordaba casi ningún momento de felicidad en un matrimonio que en la noche de bodas se definió perfectamente: después de hacer el amor de forma violenta, Luís abandonó el lecho nupcial para dormir solo en una habitación adyacente. Siguieron acostándose juntos para practicar un sexo agresivo, sin preliminares, sin ninguna consideración hacia ella, sólo para satisfacer el apetito sexual de Luís. Fue a partir de un día, en el que Luís se presentó borracho en el dormitorio de Alicia, cuando ella decidió dar por terminada su relación carnal. Él no se lo tomó nada bien y acabó propinándole una paliza que la dejó en cama varios días. Ese fue el punto de inflexión: nunca más intimaron. Aunque el maltrato físico no llegó a repetirse, la amenaza de que algún día volviese a ocurrir estaba siempre presente. Alicia desde entonces sufrió un acoso psicológico y tuvo que aguantar infinidad de episodios donde Luís arremetía contra todo, en ataques de furia propios de un psicópata. Si ella intentaba calmarlo, era peor; si se atrevía a proponer que acudiera a algún profesional, era cuando temía por su integridad.

Alicia terminó por acostumbrarse a vivir de esa forma y a alejarse cada vez más de su marido. Al temor y la insatisfacción se le unieron el aburrimiento y el odio hacia la persona con la que convivía. Eso provocó que Alicia comenzase a salir de la vivienda con bastante frecuencia. Tal como ella lo veía, acostarse con Jorge fue inevitable: Luís, con su actitud, la echó en brazos de su socio. Nunca se arrepintió de engañar a Luís. Para ella, su sufrimiento era canjeable por el adulterio, como una especie de indulgencia que la libraba del peso de haber pecado.

Igual que las continuas infidelidades de Luís. Alicia tenía que aguantar la humillación de ver cómo su marido se tiraba en su propia casa a todas las enfermeras que contrataba. Lo de esa Laura ya era el colmo. Se paseaba meticona por la vivienda como si fuera la dueña. Confundía el domicilio de los Berrocal con la clínica: se permitía libertades que no le correspondían, sobre todo con el servicio doméstico. A la pobre empleada de hogar que acababa de llegar y que también trabajaba en la clínica como limpiadora le ordenaba realizar todo tipo de encargos, muchos de los cuales eran misión de Laura. Era una descarada que se sentía protegida por Luís y se aprovechaba de la situación. Para Alicia, en realidad se trataba de una pobre infeliz que, o no se daba cuenta de que su jefe la utilizaba a modo de muñeca hinchable, o era más lista de lo que aparentaba y lo que pretendía era sacar de Luís algún

tipo de compensación económica. Si ese era el caso, no sabía dónde se había metido, pensaba Alicia que al final llegó a compadecerla; aunque pronto, justo después de fallecer Luís, la lastima, la empatía que sentía hacia ella, se transformó en odio visceral: la muy hija de puta había declarado en el juicio que Alicia y Jorge eran amantes, que los había sorprendido besándose en la clínica e incluso llegó a asegurar que no le cabía ninguna duda de que ambos eran los asesinos del doctor. El abogado protestó porque las palabras de la testigo no contestaban a ninguna pregunta y sólo eran meras suposiciones que no se apoyaban en prueba alguna. La declaración de Laura fue borrada del sumario, pero el dato quedó en el aire y el proceso, desde entonces, fue de mal en peor. Un juicio que para Alicia había durado una eternidad y que ahora entraba en su recta final.

Mientras el secretario del juzgado leía un párrafo del procedimiento penal correspondiente a la sentencia, Alicia hacía un rápido resumen de lo acaecido en el último año desde que Jorge y ella decidieran deshacerse de Luís. Era un ejercicio recurrente que llevaba practicando desde el día que los detuvieron y que seguía sin poder resolver. Un repaso mental que intentaba descubrir qué era lo que había fallado.

Sobre el papel, el plan parecía perfecto, nada hacía presumir que pudieran ser descubiertos: tal como estaba previsto, Jorge no fue invitado a la cena de Nochevieja. A las doce de la noche, después de las uvas más sosas de la historia, Alicia dejó marchar al servicio y se quedó un rato en el salón. Como veía que Luís no se iba a la cama, ella se adelantó: se despidió con sequedad y abandonó la habitación. Subió con inquietud la escalera hasta el primer piso destinado a los dormitorios y se introdujo en el suyo, pero dejó la puerta entreabierta para poder escuchar a su marido. Media hora más tarde, oyó los pasos de Luís que se dirigían a la habitación adyacente. Después de unos cuantos ruidos en el dormitorio, correspondientes a los movimientos de Luís para desvestirse y acostarse, todo quedó en silencio. Alicia se tranquilizó, respiró profundamente, se recostó vestida en la cama y hasta echó una cabezada. Se despertó a las dos, como un reloj. Se acercó al dormitorio de su esposo, abrió la puerta con sigilo y gracias a la luz del exterior pudo ver a Luís acostado, tapado con las sábanas hasta la barbilla. Bajó las escaleras con cuidado de no hacer el mínimo ruido y abrió la puerta de entrada; Jorge ya se hallaba en el porche esperando.

Sin abrir la boca, su amante entró con decisión en la vivienda, llevaba

puestos unos guantes negros de cabritilla. Ya en el despacho, escribió la nota de suicidio en el ordenador portátil de su socio, la imprimió y la firmó. Después, la colocó encima de la mesa, justo en el centro, bien visible en el tapete de piel. Alicia y Jorge se miraron con gravedad y de nuevo, sin decir nada, subieron las escaleras.

Accedieron al dormitorio de Luís. Como estaba a oscuras, dejaron la puerta abierta. Luís seguía en la misma posición que Alicia lo había dejado: tumbado boca arriba, tapado hasta la barbilla, con los ojos cerrados ajeno a lo que estaba ocurriendo. En la mesilla de noche aguardaba la pistola. Un revólver negro del 38 especial, de dos pulgadas, cargado con seis balas. Alicia volvió la cara antes de que Jorge disparase en la sien derecha de su socio. Aunque lo esperaba, el ruido metálico resonó en la habitación y sorprendió a Alicia que dio un respingo. La vida de Luís desapareció por el agujero que el proyectil había dibujado en su cabeza. Jorge destapó parcialmente lo que ya era un cadáver para sacar el brazo derecho y colocar el revólver en la mano del finado. Alicia esperó en el pasillo unos minutos, mientras Jorge comprobaba que todo estaba en orden, que la escena del crimen era, efectivamente, la de un suicidio.

Jorge abandonó la vivienda y Alicia llamó enseguida a la policía. Se vistió con su camión de muselina blanca y con una bata de seda celeste. Se revolvió algo el pelo y esperó sentada en el hall a que acudiesen los agentes. No quiso volver a entrar en el dormitorio de Luís. Sólo lo hizo en presencia del inspector Joaquín Casares del distrito Sur cuando tuvo que explicarle su espuria versión de los hechos, la que había ensayado con Jorge.

Todo se desarrollaba según lo previsto. Alicia dejó trabajar a la policía. El forense acudió a la vivienda a la media hora de que el obeso inspector requiriese su presencia. Ella se quedó en el salón intentando dar la apariencia de una persona afectada por la muerte de su pareja. No le resultó muy complicado porque se encontraba mal, la situación le estaba provocando náuseas.

Con las primeras horas del alba, Alicia comenzó a inquietarse: el inspector Casares, visiblemente enfadado por estar trabajando el día de Año Nuevo, por fin había descubierto la nota de suicidio. Era un folio impreso en *parecidos* términos de los escritos por Jorge. Las palabras no eran las exactas que ella recordaba y, además, estaban sin firmar. La conmoción que sufrió Alicia al ver la inopinada hoja de papel resultó ser paradójicamente convincente para

Casares. El inspector comprendió la reacción de Alicia: el sobresalto y la consternación eran los propios de una viuda que lee las últimas letras escritas por su difunto marido.

¿Cómo había llegado esa nota al despacho de Luís? —se preguntó Alicia—. Era imposible que Jorge la hubiera cambiado antes de irse: Alicia no recordaba haberlo dejado solo ni un segundo. Desde que entró en la mansión hasta que finalmente salió de ella, a eso de las dos y media, siempre estuvo con él. Y en la casa no había ninguna persona más. La posibilidad de que el propio inspector hubiera sido el autor del intercambio de notas era simplemente absurda. Alicia no entendía nada. Tampoco comprendía por qué el orondo policía había dado orden de registrar toda la casa y sus inmediaciones. ¿Qué estaban buscando?

No tardaron mucho en encontrarlo.

El inspector Casares le enseñó a Alicia un abrecartas que uno de los agentes había encontrado en una papelería cercana a la vivienda. Era metálico, de acero inoxidable, y tan estilizado y puntiagudo como un estilete. Tenía un ligero rastro de sangre en la punta. Casares le preguntó si pertenecía al doctor Berrocal. Alicia no lo reconoció. El detective no le hizo más preguntas, guardó el abrecartas en un sobre de plástico y después se quitó los guantes de látex en silencio y con una lentitud que exasperó a Alicia.

—¿Qué tiene que ver ese abrecartas con la muerte de mi marido? —inquirió por fin Alicia que ya no podía aguantar más la incertidumbre.

—Aún no lo sabemos, pero es posible que sea el arma del crimen.

Alicia cada vez se sentía más perdida; temió que el inspector adivinara en su reacción un componente de azoramiento que la podría delatar. Intentó serenarse y volvió como pudo al papel de viuda compungida para preguntar por qué ese policía con problemas de sobrepeso afirmaba que a Luís lo habían matado con un abrecartas, cuando todo parecía indicar un suicidio. Casares no quiso responder hasta que la investigación no estuviese terminada, simplemente le volvió a preguntar si había visto ese utensilio de oficina en alguna parte. Alicia negó de nuevo. En su interior ardía en ganas de hablar con Jorge para salir de ese mar de dudas, para ver si él tenía alguna explicación a todo lo que estaba pasando.

La nota de suicidio y el abrecartas no fueron las únicas sorpresas.

Sólo dos días después de hallar el cadáver, Jorge fue arrestado. Alicia pronto fue imputada también. Había varias pruebas que señalaban a Jorge

como el autor material del asesinato de su socio. Las claves para la detención de Jorge estuvieron en la autopsia que se practicó de urgencia, y en el registro que se realizó en la clínica Berrocal. Todo a instancias del juez que se dejó recomendar por las investigaciones preliminares de Casares y de su personal de la policía judicial. La autopsia determinaba que la muerte había sido provocada por incisión de arma punzante directamente en el corazón. Un instrumento tan afilado como el abrecartas casi no deja rastro de sangre en el cuerpo, pero en el interior resulta fatal. El forense que acudió a la escena del crimen ya se percató de la pequeña herida en el pezón izquierdo al hacer el reconocimiento previo. El técnico adelantó que el “trabajo” había sido realizado por alguien que conocía muy bien el daño que pretendía lograr: un profesional de la medicina era sin duda el perfil más idóneo del asesino. El forense enseguida puso en conocimiento de Casares sus deducciones y éste ordenó la búsqueda de un instrumento tan agudo como el que resultó ser el abrecartas. Era factible que aún siguiera en las inmediaciones, pero debían ser rápidos en su localización antes de que cambiara el escenario. Después de encontrar lo que con toda probabilidad era el arma del crimen, se analizó la sangre y se comparó con la del muerto resultando ambas del mismo grupo sanguíneo: el poco corriente, O negativo. Por otro lado, el abrecartas tenía unas marcas claras de huellas dactilares y no eran las de Luís Berrocal. Decidieron seguir el procedimiento y dar prioridad al entorno cercano a la víctima. Después del chalé de Heliópolis, lo siguiente era investigar la clínica de los Remedios, y el personal que allí trabajaba. Casares se entrevistó con el jefe de administración, Jorge Fuentes, para coordinar los trabajos de la policía científica que dedicó toda una mañana a extraer huellas dactilares de enfermeros, auxiliares y médicos.

Las huellas del arma asesina resultaron ser las de Jorge.

El radiólogo no pudo negar que el abrecartas fuera suyo, pero sí insistió con vehemencia que alguien lo debía haber sustraído de su despacho. Jorge, al igual que Alicia, no comprendía nada. Tampoco entendía cómo los técnicos de la comisaría del distrito Sur habían concluido que la nota de suicidio fue impresa por la Canon de su despacho y no por la impresora de Luís. Al parecer, la mayoría de las impresoras dejan una marca indeleble en las hojas, en especial las láser de color como la de Jorge, eso le explicaron en comisaría. La pista de la impresora animó a los agentes a buscar en el ordenador de Jorge algún rastro más. La policía científica utilizó diversas

herramientas informáticas y, gracias a un programa que era capaz de recuperar los archivos borrados recientemente, encontraron el documento Word que contenía el texto exacto al de la nota impresa. Todo apuntaba a Jorge. El juez dictaminó que las pruebas eran suficientes como para acusarlo de asesinato.

La imputación de Alicia fue diferente: se debió a su propia declaración. En la autopsia se determinó que a Luís Berrocal le habían suministrado un somnífero antes de matarlo con el abrecartas, y que el tiro en la sien se ejecutó post mórtem, es decir, fue una maniobra de distracción para confundir a la policía y simular el suicidio. Según Alicia, no había nadie más en la vivienda cuando Luís disparó el arma, pero según la autopsia Luís ya estaba muerto, así que no cabía otro sospechoso del simulacro que no fuera Alicia, a menos que ella quisiera incriminar a un tercero. Casares esperaba la confesión de Alicia para acusar a Jorge, pero no lo consiguió. Tampoco logró que Jorge admitiera su culpa: lo negaba todo aludiendo que no había móvil y que las suposiciones de la policía eran absurdas. Que si hubiesen querido matar a su socio, con dispararle a la cabeza hubiera bastado, ¿por qué matarlo antes con un abrecartas?

—Quizás fue lo primero que se le ocurrió antes de descubrir la pistola —respondió Casares encogiendo los hombros—. Después quiso arreglarlo con el revólver para que pareciese un suicidio, digamos más convencional.

A pesar de la cada vez más insoportable presión que las pruebas ejercían sobre ellos, el detective no consiguió que confesaran. Ni siquiera cuando provocó un careo al encerrarlos juntos en la misma celda para registrar la conversación. Se pelearon. Él le achacaba a ella el uso del somnífero, pero Alicia enseguida se dio cuenta de que los debían estar grabando. El diálogo no pudo usarse en la causa y ella quedó en libertad sin cargos.

Alicia todavía seguía sin saber quién le había suministrado el somnífero a Luís. Quizás había sido el propio Luís para descansar mejor después de la cena. Pero eso no era lo más importante, lo peor era toda la trama de la que ambos, Jorge y ella, habían sido víctimas de forma sibilina.

Alicia sospechaba de Laura.

Una enfermera habilidosa como ella podía haberle clavado el abrecartas a su jefe con precisión, justo en el corazón, unas horas antes de que Jorge le disparase en la cabeza. Ella tenía acceso al despacho de Jorge en la clínica y bien podía haber sustraído el estilete. También podía haber impreso la nota



días antes y darle el cambiazo mientras ellos estaban disparando sobre Luís, ya cadáver. Todo eso implicaba que Laura estuvo escondida en la mansión durante y después de la cena. Pero ¿cuál era el motivo que tenía para asesinar a Luís y, sobre todo, para incriminarlos a ellos de esa forma?

¿Y si fue todo organizado por Luís? ¿Había descubierto el adulterio de su mujer? Al final podría ser cierto que Luís quería suicidarse. Pero no era capaz de hacerlo solo si quería culpar a su socio y a su mujer. Seguramente convenció a Laura para ayudarle a morir y dejar un rastro de pruebas acusatorias. Aquel ruido que Alicia creyó oír en el templete, ¿sería Laura, o el propio Luís, el que escuchaba atentamente el plan de Jorge? Demasiadas preguntas y conjeturas que permanecían sin aclarar y que bombardeaban el cerebro de Alicia. Todo parecía indicar que Luís se estaba vengando de ellos desde la tumba. Finalmente había ganado, no habían podido con él; como siempre.

—Veinte años de prisión. —Fueron las cuatro palabras que destacaron del largo discurso del juez y las que despertaron a Alicia de sus elucubraciones. El magistrado se había decantado por la pena máxima prevista para el asesinato con la circunstancia calificativa de alevosía, probada por el hecho de haberle proporcionado un somnífero a la víctima. La premeditación, probada por la nota de suicidio falsa y el simulacro del disparo en la sien, también se tuvo en cuenta para elegir el extremo de la horquilla que la ley establecía entre quince y veinte años.

La sentencia, si bien no cogía desprevenido a nadie, sí formó un revuelo causado por los periodistas que querían informar cuanto antes a las redacciones de los rotativos. Alicia observó la reacción de Jorge: casi no se movía, mascullaba algo como si estuviera murmurando unas jaculatorias después de haberse confesado. No parecía haberle afectado demasiado la noticia: continuaba igual de abatido.

Alicia creyó saber por qué Jorge no había cambiado su actitud desde que se sentó en el banquillo esa mañana. Era consciente de que el estado depresivo de su amante se debía a un hecho que se remontaba a diez meses atrás:

Un domingo de marzo, semanas después de que las autoridades decidieran encerrar a Jorge a la espera de juicio, Alicia fue a la cárcel a visitarlo. En el módulo de presos preventivos solían hablar casi todo el tiempo de cómo iba el caso, del abogado, de estrategias de la defensa, y un poco de cómo se

encontraba él en la prisión, etcétera. Pero ese día, Alicia vio que Jorge estaba más preocupado que de costumbre. Le costó sonsacarle el tema que lo atormentaba, pero finalmente Jorge se lo dijo. Le contó sus problemas con el juego y la deuda que había contraído con unos prestamistas muy peligrosos. La suma de dinero crecía día a día debido a los elevados intereses que los gánsteres le habían obligado a firmar. Él creía que mientras permaneciera en prisión estaría a salvo. Cuando los declarasen inocentes, cosa de la que estaba convencido, Alicia, y por tanto él, podrían disponer de los bienes y el dinero de Luís para pagar sus deudas. Sin embargo, la noche anterior, las amenazas de muerte recibidas de un par de reclusos le hicieron cambiar de idea: ya no se encontraba tan seguro. Desconocía la relación que tenían los presos con los prestamistas, pero estaban al tanto del problema y le daban de plazo una semana para pagar trescientos cincuenta mil euros si no quería salir de prisión con los pies por delante. El problema se agravaba por el hecho de que él les había prometido que pagaría el dinero, pero que se tenían que poner en contacto con Alicia, ella les daría el efectivo.

Alicia no daba crédito a lo que oía. ¿Cómo la había metido a ella en ese lío? Estaba tan enojada que se levantó del locutorio y se disponía a abandonar la cabina cuando el rostro desesperado de la persona que aún quería la convenció para volver a coger el auricular. Lo vio realmente angustiado. Alicia quería ayudar a Jorge, pero no podía disponer del dinero hasta que se resolviese el juicio. Jorge tendría que convencer a los matones para que tuvieran paciencia. En eso quedaron hasta el domingo siguiente.

Una semana más tarde, Jorge parecía más tranquilo, los reclusos no le habían vuelto a molestar desde que él les transmitiese las palabras de Alicia. Ella, por su parte, vivía con cierto temor, implicada como estaba en un asunto tan peligroso. Desde su situación de sospechosa de asesinato, no podía acudir a la policía: el pago de las deudas de su amante era un móvil perfecto para el crimen que estaban juzgando. No tenía más remedio que esperar y vivir con esa ansiedad, con el miedo de que cualquier día, en cualquier esquina, podrían asaltarla y hacerle Dios sabe qué cosas.

Así transcurrieron los meses hasta que llegó el juicio. La noche anterior a la de la sentencia, Alicia recibió en su domicilio un sobre. Lo portaba un chico al que le habían dado una propina y decía no saber nada de la persona que se lo había entregado. El sobre contenía la llave de una habitación, o de un hotel o de una pensión. A Alicia se le paró el corazón. Era inevitable que

los mafiosos se pusieran en contacto con ella y aquel parecía ser el momento temido. Pero no tenía ni idea de lo que significaba esa llave, de dónde estaba el hotel al que pertenecía, ni de cuándo debía ir a ese lugar. Seguramente se trataba de una cita para entregar el dinero, pero todavía no había podido reunir ni un céntimo, el juicio aún no había terminado. Decidió concertar una entrevista con Jorge, aunque no fuera día de visitas. Habló con el abogado y éste consiguió el permiso necesario para que pudieran verse la mañana del mismo día de la sentencia.

Ella acudió a prisión con la llave y se la enseñó a Jorge. La reacción de él fue muy extraña. En un principio no pareció reconocerla. Era una llave clásica, con un llavero metálico en forma de rombo donde por una cara estaba grabado el número de la habitación y por el otro el logotipo del hotel: un águila de dos cabezas. Enseguida el rostro de Jorge cambió. Pasó de la extrañeza a la sorpresa y después al abatimiento. Estaba claro que finalmente la había reconocido, pero ya no abrió la boca. Ella siguió preguntando por el hotel, por el significado de aquella llave, quería saber qué es lo que tenía que hacer, si esperar a algún comunicado más de los prestamistas o acudir a alguna cita. No obtuvo ninguna respuesta. O Jorge no sabía qué contestarle o no le importaba nada de lo que le estaba preguntando. Se levantó murmurando algo que Alicia no logró entender y se fue.

Eso había sucedido tan sólo unas horas antes de que el magistrado dictase sentencia.

El juicio había finalizado. El reo se levantó y salió escoltado. Jorge no alzó la vista en ningún momento. Alicia, también de pie, hizo un gesto para saludarlo, pero no recibió respuesta. El público abandonó el juzgado. Alicia se dejó caer de nuevo en el banco. Allí quedó sentada con las manos en los bolsillos del abrigo de piel: aún seguían frías. La derecha sujetaba la enigmática llave. El dedo pulgar se paseaba nervioso por la cara del llavero donde se hallaba grabado en relieve el número *104*.

## LA HABITACIÓN 104

**A**l salir del juzgado, dudó entre parar un taxi o dar un paseo y coger el autobús. Optó por esto último ya que no tenía ninguna prisa. Se dispuso a bordear la cara norte del parque de Los Príncipes para subirse al 6 en la plaza de La República Dominicana. Conocía muy bien el barrio: la clínica Berrocal donde trabajaba se encontraba a cien metros de la parada del autobús. Desde la construcción de la Ciudad de la Justicia en Los Gordales, el barrio de Los Remedios estaba sufriendo un cambio nunca antes experimentado: modernos edificios de aluminio y cristal se levantaban en el solar rectangular que en su día fuera el recinto ferial —ahora ya instalado en el Charco de la Pava—. El terreno estaba siendo reconvertido en el área empresarial y residencial más moderno de la ciudad. El suelo se había revalorizado y la olvidada especulación volvía con nuevos y reforzados bríos. Ya nadie parecía acordarse de la burbuja inmobiliaria, causa de la peor crisis de las últimas décadas.

Mientras caminaba por lo que en su día fue la “Calle del Infierno”, zona así llamada por ser donde se levantaban las atracciones de la feria, se felicitaba por lo bien que iba saliendo todo: estaba segura de haber pasado desapercibida en la sala donde juzgaban a Jorge Fuentes; ni siquiera sus compañeros de trabajo la habían reconocido. Desde luego, ni Alicia ni Jorge se habían percatado de su presencia. La primera, porque se escondía de todos y sólo tenía ojos para el acusado; y el segundo, porque sencillamente no veía al público, parecía ausente de todo lo que sucedía a su alrededor. En el fondo deseaba haber cruzado la mirada con Jorge, sólo para ver en sus ojos algún destello que le asegurase que la había reconocido, que estaba padeciendo por culpa de ella. Con suerte hasta habría sido posible adivinar algún signo de arrepentimiento en su mirada; si no uno sincero por el daño causado, sí uno derivado de todo el sufrimiento que Jorge se habría ahorrado de haber procedido en su día de otra manera.

Igual que Alicia, ella también había asistido todos los días al juicio. Incluso en una jornada tuvo que acudir en calidad de testigo, eso sí con su

habitual disfraz, el que había llevado todos estos meses: una peluca morena, unas gafas graduadas con tantas dioptrías que apenas veía con ellas, y unas lentillas que tornaban el color de sus ojos a un tono café oscuro. Su piel pálida, casi lechosa, había sido lo más complicado de disimular. No recordaba cuántas horas de rayos uva había tenido que soportar para cambiar su aspecto de nativa del noroeste español a parecer una mujer de tez caribeña. Los últimos días, libre ya de testificar, se había despojado de su camuflaje y lucía como ella era en realidad, como debía recordarla Jorge si se hubiese dignado a mirarla. A pesar de haber transcurrido casi veinte años desde la última vez que se vieron, su aspecto, salvo el moreno de la piel, era casi el mismo: cabello rubio, dorado, y mirada firme desde unos ojos almendrados de color azul. Las arrugas simétricas en la comisura de los ojos y en la frente eran las únicas pruebas del paso del tiempo por su rostro; marcas acentuadas con toda probabilidad por las sesiones de bronceado artificial.

El autobús llegó en cinco minutos, iba casi vacío a esa hora del mediodía. En la parada sólo esperaban un par de estudiantes y un jubilado que llevaba el periódico bajo el brazo. Después de pagar al conductor, ella se acomodó en la tercera fila, al lado de la ventanilla. El vehículo recorrió con pesadez Los Remedios y Triana hasta cruzar el río por el puente de Chapina; giró a la izquierda para acceder a la avenida de Torneo y se dirigió hacia el norte de la ciudad.

Mientras miraba distraída el paisaje urbano, pensaba en Jorge, encerrado, veinte años, en una fría celda. La sensación era de lo más extraña: apenas quedaba satisfacción, sólo crecía un sentimiento de vacío. Ella creía que era consecuencia de haber cumplido el objetivo por el que llevaba luchando media vida.

Desde que abandonó la universidad no había hecho otra cosa que seguir a Luís Berrocal y a su amigo, Jorge Fuentes. No le importó haber dejado la carrera a medias: la venganza era lo único que daba sentido a su vida. Estuvo siempre muy cerca de ambos socios. Pasaba el tiempo espíándolos, anotando sus movimientos, estudiando a las personas con las que se relacionaban, planeando múltiples estrategias, imaginando posibles acciones para desquitarse. Desde que comenzó a trabajar en la clínica se simplificaron bastante las labores de investigación y todo resultó más sencillo, pero lo más sorprendente sucedió después, cuando le dieron la oportunidad de compaginar su trabajo en el hospital con otro en el propio domicilio de Luís.

Además, nadie parecía haberla reconocido. Se sentía protegida refugiada en su disfraz como si estuviese escondida detrás de un cristal tintado desde el que puedes ver sin que te vean.

Lo conocía todo acerca de ellos: Luís, Jorge, Alicia. Presentía que las oportunidades para vengarse vendrían de la mano de Jorge y sus problemas con las cartas, o de su relación adúltera con Alicia. Las infidelidades de Luís, que también las había, eran conocidas por todos y, por tanto, admitidas; por ahí no había nada que hacer.

Acechar a Luís era tarea fácil: casi nunca salía de casa. Lo podía espiar desde su puesto de trabajo en la mansión de Heliópolis. Sin embargo, vigilar a Jorge fue realmente complicado. Tenía que seguirlo casi siempre de noche por barrios poco seguros para una mujer sin compañía. Lo llevaba haciendo mucho antes de que la contratasen en la clínica. Preguntar en bares y codearse con gentuza fue un problema para ella, pero el alcohol desataba la lengua. La bebida fue siempre un aliado fiel en sus pesquisas y poco a poco adquirió gran destreza en hacer hablar a los parroquianos de aquellas tascas. En la primera salida nocturna, se dio de bruces con la adicción al juego de Jorge. Más tarde, descubrió que el radiólogo estaba arriesgando su vida al contraer deudas con gente peligrosa de los bajos fondos.

Averiguar el *affaire* de Jorge con Alicia resultó más sencillo, de hecho, fue el primer chismorreó que escuchó entre el personal de la clínica. Todos hablaban de las veces que Jorge se había tirado a Alicia en su despacho. “Como siempre ocurre en estos casos —pensaba—, el último en enterarse es el marido, o al menos eso es lo que parece”.

Esperó pacientemente a que surgiera la ocasión. Quería colocarse en situación de ventaja para poder llevar a cabo un plan sin riesgo para ella, que la dejara libre de sospechas, pero que acabara para siempre con la vida de los que tanto odiaba. La oportunidad que esperaba se presentó en Nochebuena, como un regalo de Navidad. Ella sabía que siempre que invitaban a Jorge a cenar, Alicia solía prolongar la velada con su amante en el templete del jardín, a cubierto de los ojos de Luís. Como de costumbre, se acercó al cenador para escuchar a la pareja. Lo que oyó fue definitivo: ¡pensaban deshacerse de Luís! Claro que ella no lo iba a tolerar: matar a Luís era cosa suya, nadie se iba a adelantar para quitarle esa satisfacción. No lo permitiría, aunque sí se aprovecharía de la intención asesina de Jorge y Alicia. El plan era ideal para sus propósitos. Podía acabar con dos pájaros de un tiro: matar a

Luís y acusar a Jorge de la muerte de su socio; nunca se le habría ocurrido nada mejor.

A pesar de que una semana era poco tiempo para planear bien la jugada sin dejar ningún cabo suelto, lo cierto es que tenía todo a su favor: conocía el plan de Jorge y disponía de acceso tanto a la clínica como al domicilio de los Berrocal. Pero debía ser extremadamente cuidadosa. Había que ir por partes: primero pensó en la nota de suicidio. Debía evitar que un texto impreso en la oficina de Luís y, además, con su firma, llegara a manos de la policía. En su siguiente turno de noche en la clínica, esperó a quedarse sola para acceder al despacho de Jorge, encender el ordenador y escribir un texto de suicidio en los términos que había escuchado en el templete. Lo imprimió y después borró el archivo consciente de que los agentes de policía sabrían dar con él. Por otro lado, había oído que las impresoras láser, como la Canon de Jorge, dejaban una huella, unas marquitas invisibles al ojo humano diseñadas para evitar las falsificaciones de dinero y documentos, dada la calidad de impresión que habían llegado a adquirir esos periféricos. El dejar el folio en el despacho de Luís, sin firmar, seguro que provocaría una investigación por parte de la policía para verificar su autenticidad; una investigación que los llevaría hasta la impresora y el ordenador de Jorge. Satisfecha, guardó la nota con cuidado de no dejar sus huellas dactilares, a la espera de sustituirla por la verdadera.

Esa misma noche también vio el arma.

El abrecartas de Jorge era muy fino, resistente y puntiagudo, perfecto para asesinar a alguien sin dejar marcas. Con sus conocimientos de anatomía, los que adquirió en la universidad, se veía capaz de hundir el estilete en el corazón de Luís con la suficiente precisión como para acabar con su vida; eso siempre que la víctima no ofreciera resistencia. Para asegurar la pasividad de Luís, necesitaba administrarle previamente el somnífero que la pareja había desechado en el templete. Algo que, además, tendría el efecto de desconcertar a los amantes, hacer que se peleasen entre ellos —podría provocar que uno delatara al otro y facilitarle las cosas a la policía—; y, por otro lado, sería la confirmación de la alevosía que agravase el homicidio hasta convertirlo en asesinato. Con Luís ya cadáver, el posterior simulacro de suicidio no aguantaría el análisis de la peor de las autopsias. El forense se daría cuenta enseguida de que el disparo en la sien había sido efectuado post mórtem. Pronto buscarían un arma tan estilizada como para dañar el corazón sin

apenas dejar rastro de sangre en el exterior. Un arma que tendría las huellas de Jorge.

Guardó el abrecartas.

El ruido del autobús al frenar, como el de una ballena cuando sale a la superficie, precedió al de la apertura de puertas. En la glorieta de San Lázaro, el 6 se deshizo de prácticamente la totalidad de su carga; ella también bajó. Después de apearse, cruzó la Ronda Urbana Norte, pasó el hospital que daba nombre a la glorieta y se adentró por la calle Huerta de la Fontanilla con la vista puesta en el cementerio de San Fernando. Pasado el parking y los puestos de flores, atravesó la entrada al camposanto. Caminaba despacio, pero con decisión, conocedora como era del lugar al que se dirigía. Recordaba perfectamente dónde se encontraba la tumba: ella misma había formado parte del sepelio hacía unos meses, cuando aún se camuflaba adoptando *la otra* personalidad.

Sus pasos cortos, debidos al traje de falda estrecha y a los tacones de aguja, se dirigían al norte. Dejó a la izquierda la zona de los panteones de matadores famosos y otras personalidades para adentrarse en la calle Fe, una avenida custodiada por dos hileras interminables de cipreses. A la altura del grupo escultural dedicado al torero Joselito el Gallo, un desagradable olor a carne quemada inundó el ambiente. Estaban incinerando a alguien. Miró hacia la derecha: entre un grupo de edificios sobresalía una chimenea que exhalaba un siniestro humo gris. Era una situación que, sin saber por qué, asoció con el Holocausto. Su mente irracional la llevaba a los campos de exterminio donde los nazis gaseaban a millones de judíos para después reducir a cenizas sus cadáveres. Le entraron ganas de vomitar. Se tapó la boca con las manos y aguantó unas náuseas que la llevaron en un viaje por el tiempo a veinte años atrás, cuando tendida en el suelo de su habitación lo único que quería hacer era morir.

Fue en el colegio mayor, cuando estudiaba en Madrid primero de medicina.

Recordaba que le impresionó el edificio de ladrillo visto cuando lo vio el primer día. Destacaba en la entrada, sobre el dintel de la puerta, el escudo heráldico en relieve que ofrecía imponente un águila de dos cabezas. El pájaro bicéfalo parecía mirarla fijamente y ella se sintió intimidada, lo normal



para una chica de provincias de origen humilde que acababa de llegar a la capital. Venía becada y su madre, con el trabajo de toda una vida limpiando escaleras, había conseguido pagarle el mejor alojamiento posible del campus universitario.

Aunque era una residencia para chicas, por las tardes casi siempre había más jóvenes del género masculino que del femenino. Con la excusa de reunirse para estudiar o para hacer trabajos en grupo, conseguían quedarse hasta la madrugada. No había día en el que no se celebrase algún guateque en cualquiera de los apartamentos de las residentes. Por la mañana, era normal ver salir de las habitaciones a esos “compañeros de estudios” después de una noche de fiesta.

Allí, como en el resto de colegios mayores, había una tradición: los estudiantes de primero sufrían las novatadas de los más veteranos durante todo el año. En aquella residencia también era habitual que participasen activamente los “novios” de las veteranas en las bromas a las de primero. Una de las más celebradas era lo que llamaban “el sorteo de las llaves”. Consistía en colocar las llaves de las habitaciones de las estudiantes noveles en una papelera, después, por orden de antigüedad, las del último año se acercaban para sacar, una a una, las llaves de las novatas. Eso les daba derecho a “visitar” a las inocentes inquilinas y les otorgaba el poder de obligarles a hacer cualquier cosa durante esa noche. Así, la única posibilidad que tenían las estudiantes de primero de escapar a las novatadas, que era encerrarse en los apartamentos, se desvanecía por culpa del “sorteo de las llaves”; una especie de clímax de las bromas pesadas.

La llave de su habitación le tocó a Lydia, la líder indiscutible del colegio. Nadie sabía a ciencia cierta cuántos años llevaba allí. Debía ser una hija de papá porque su colección de carreras —nunca las terminaba— era tan amplia como la de novios. Esa noche, la del sorteo, la veterana había invitado a varias de sus amigas y a un par de estudiantes de medicina a un guateque en su habitación. Lydia dejó la visita a la novata para el fin de fiesta. Después de haber consumido litros de alcohol y distintas sustancias psicotrópicas, los supervivientes de la orgía, Lydia, Luís y Jorge, bajaron, entre risas, al primer piso. Lydia exhibía la llave como un trofeo, mientras los dos amigos coreaban el número que por suerte les había tocado: el 104.

Entraron.

Enseguida, Luís tomó el mando. Lo que en un principio pretendía ser una

broma divertida se fue desmadrando poco a poco para convertirse en un abuso. Cuando Luís obligó a la nueva a desnudarse, Lydia protestó, pero fue inútil, los dos amigos estaban lanzados. Preocupada por el mal cariz que estaba tomando la situación, Lydia salió corriendo de la habitación para pedir ayuda, pero no llegó muy lejos: en el descansillo entre la primera y la segunda planta, cayó desmayada por el peso del alcohol y las drogas. Mientras tanto, ella, la inocente chica de provincias, había quedado a merced de aquellos dos salvajes que la violaron sin piedad.

*¿Alguna vez, en algún momento, me sentí atraída por alguno de ellos? Si fue así, ahora mismo no lo recuerdo. Las náuseas me anulan cualquier sentimiento anterior, digamos noble, que hubiera podido tener... —pensaba mientras se iba acercando a la tumba.*

No sólo recordó el momento de la violación, también le vino a la mente lo que sucedió en los días posteriores. Rememoró el acuerdo entre las partes: el dinero que les entregaron para callar bocas. La obstinación de su madre por no sacar a la luz los trapos sucios permanecía, de igual forma, nítida en su memoria. Soñaba con su hija convertida en una afamada cirujano y no quería que nada la hiciera despertar. La decisión de su hija de abandonar la carrera para seguir de cerca a Luís y a Jorge, junto con la sorpresa del aborto, causaron sobre la anciana el efecto de una enfermedad terminal.

Para la futura abuela, el nacimiento de su nieto era una buena noticia. Lo era a pesar de que lo último que quería era ver a su hija en la misma situación que ella a su edad: con una madre soltera en la familia bastaba. Aun así, una nueva vida era toda una bendición. Para la mujer preñada, sin embargo, aquello no dejaba de ser un engendro que había que cortar de raíz. La ilusión de la anciana por un nieto que la alegrase los últimos años de su vida se desvaneció en el quirófano donde le practicaron a su hija la interrupción del embarazo.

De su madre, cuando falleció, sólo obtuvo el dinero del soborno de los Berrocal, el que le dieron a cambio de mantener a Luís y a Jorge a salvo de la justicia. Una cantidad que, paradójicamente, la iba a ayudar en su cruzada particular. Del colegio mayor, sólo se guardó un par de recuerdos: dos llaves de su habitación, la que le habían entregado en su día y otra igual que robó

del llavero de recepción. Dos *souvenirs* que iban a recordarle que la venganza era el único objetivo de su vida a partir de entonces.

Con el dinero de los Berrocal pudo trasladarse a Sevilla, alquilar un pequeño apartamento y dedicarse a vigilar a sus violadores. Así estuvo unos cuantos años, pero cuando el efectivo comenzó a escasear no tuvo más remedio que ponerse a trabajar. Recordó la franquicia, la empresa de limpieza a la que tanto tiempo había pertenecido su madre, y acudió a pedirles trabajo. La contrataron. Su sorpresa fue mayúscula cuando vio que entre los clientes de la compañía estaba la clínica Berrocal. Después de bastante tiempo fregando los suelos del hospital privado, vaciando papeleras y ordenando despachos, consiguió que Alicia se fijara en ella. Ese día fue el primero de muchos de charla animosa con la esposa de su violador. Por fin, pasados unos meses sin que sospechase nada, la mujer de Luís le propuso trabajar a tiempo parcial como empleada de hogar en su domicilio. Por supuesto, aceptó de inmediato.

No fue nada fácil mantener a raya su ira mientras limpiaba el parqué del salón, pasaba la aspiradora por la alfombra o le servía la comida a Luís y a su mujer. Pero el saber que ya se encontraba en la última fase de su venganza la ayudaba a aguantar todo, incluso a soportar las órdenes recibidas de las amantes de Luís, como las de aquella enfermera, Laura. Una mujer ambiciosa que, sin duda, soñaba con que Luís terminaría divorciándose de Alicia para ocupar ella su puesto. La muerte del doctor Berrocal la cogió desprevenida y su testimonio en el juicio demostró lo contrariada que estaba. Arremetió contra Jorge y Alicia, acusándolos abiertamente de asesinos y descubriendo lo que todo el mundo sabía, que eran amantes.

Igual que Laura, ella también subió al estrado, sin embargo, su declaración se situó en las antípodas de la de la enfermera. Lo hizo amparándose en la personalidad oculta. Debía seguir con su papel de empleada de hogar leal a Alicia y Luís. Testificó de modo neutro, se limitó a responder a las preguntas de forma lacónica, inexpresiva y la mayoría de las veces utilizando las socorridas frases de “no sé”, “no lo recuerdo” o “me limitaba a hacer mi trabajo sin preocuparme de los demás”. Nadie notó nada; no fue acusada de nada: no era sospechosa de nada. Fue la testigo que más desapercibida pasó, la mujer de la limpieza, una desconocida, una don nadie.

La que tuvo la sangre fría de asesinar a Luís:

En la cena de Nochevieja no le supuso ningún problema verter el

somnífero en la copa mientras servía las bebidas. Simuló irse a su casa cuando terminó de ordenar la cocina, pero en realidad se escondió en la despensa. Cuando todos se fueron a dormir, subió las escaleras descalza, sin hacer ningún ruido. Entró en el dormitorio de Luís, ya profundamente dormido, lo destapó y, con el debido cuidado —enguantada— y precisión, le hundió el abrecartas entre las costillas, justo en el corazón.

Esperó la muerte.

Después, limpió el hilo de sangre que fluía tímido a través de la herida, tapó el cadáver y salió. Volvió a la despensa y aguardó hasta las dos, hora en la que estaba previsto que apareciese Jorge. Oyó el ruido de la puerta de la entrada al abrirse. Se asomó por la cocina para ver como Alicia y su amante subían las escaleras. Mientras la pareja daba por sentado que estaban asesinando a Luís, ella fue al despacho y cambió la nota de suicidio. Cuando sonó el estéril disparo, la verdadera asesina abandonó la mansión y arrojó el abrecartas en la primera papelerera que vio.

Aún se sorprendía de la tranquilidad con la que llegó a resolver la situación. Diferente a la que percibía ahora, con el lugar donde Luís yacía enterrado ya a la vista.

“AQUÍ DESCANSA LUIS BERROCAL  
BUEN MEDICO, MEJOR ESPOSO”

Era el texto esculpido en la lápida horizontal, tan falso como escueto.

El vacío que la inundaba se le antojaba cada vez más profundo, como si alguien hubiera abierto una puerta en su interior y ya no quedase nada dentro. Miró a su alrededor y experimentó una sensación de comunión con lo que veía. Se encontraba a gusto en el cementerio porque comprendía a los que allí reposaban: sin un alma a la que aferrarse se sentía tan muerta como ellos.

Se agachó, apartó unas flores que cubrían parte del mármol y en su lugar dejó la segunda llave. Igual que la primera, era una llave clásica con un llavero metálico en forma de rombo. Tenía grabada por una cara un águila de dos cabezas; por la otra, el número 104.



## Autor

*Fernando de Cea* (Madrid, 1958) es capitán de fragata de la Armada, especialista en Armas Submarinas y diplomado en Estado Mayor. También es licenciado en Economía, con especialidad en Análisis Económico, y crítico de Cine.

Como marino ha mandado los buques “Anaga” y “Guadalquivir”, entre otros destinos. Como crítico de cine ha publicado artículos profesionales en revistas especializadas y numerosas reseñas y críticas de cine en prensa escrita, revistas culturales y medios digitales. Escribe con asiduidad en su blog de cine “[El blog de Ethan](#)”.

Es autor de las novelas, "[Puentes y Sombras](#)" (ABEC Editores, Sevilla, 2012) "[Cenizas para un blues](#)" (Ediciones En Huida, Sevilla, 2014), "[El suave roce de tu pelo](#)" (Ediciones Alféizar, Córdoba, 2016), "[Visibilidad cero](#)" (Editorial Juventud, Barcelona, 2018) y [Cementerio de Babel](#) (2019); y de los ensayos, "[El Autoremake en el cine. ¿Obsesión o repetición?](#)" (T&B Editores, Madrid, 2014) y "[Cine y Navegación. Los 7 mares en 70 películas](#)" (Editorial Berenice, del grupo Almuzara, Córdoba, 2018). En 2014 gana el premio local del IV Certamen Internacional de Novela Corta "Giralda" con "[La Habitación 104](#)" publicado en el recopilatorio [Azucenas de bronce](#) (ITIMAD, Sevilla, 2014). En 2016 queda segundo finalista en el I Premio "Alféizar" de novela con "[El suave roce de tu pelo](#)". En 2017 gana el XXI Premio Nostromo con la novela "[Visibilidad cero](#)".

Leer más: <https://www.fernandodecea.com/nosotros/>

# Table of Contents

LA HABITACIÓN 104  
(Sin título)  
LUIS  
JORGE  
ALICIA  
LA HABITACIÓN 104  
Autor